

# LA COINCIDENCIA GALÁCTICA



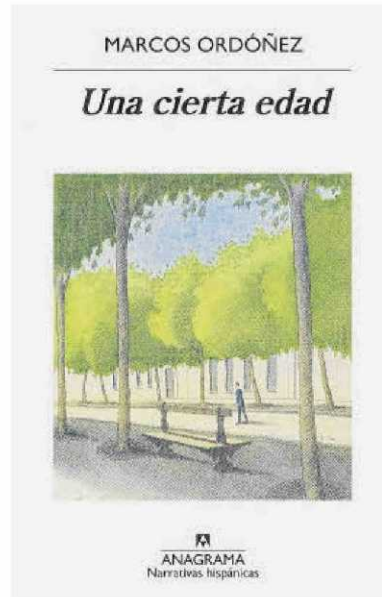
FERNANDO PARRA  
Escritor y profesor

## El Cura y el Barbero

**Sentir.** Cualquiera que sienta que la cultura es su parapeto contra la hostilidad del mundo de ahí fuera, reconocerá en el diálogo confidencial con este libro

Con Marcos Ordóñez tengo una de esas «coincidencias galácticas» de las que él habla en una de esas maravillosas píldoras contra la intemperie que conforman el último libro del crítico y escritor barcelonés, titulado *A una cierta edad* y publicado por Anagrama. Y esa conexión no procede solamente de mi vieja fidelidad a sus críticas teatrales, que son para mí auténticos dogmas de fe, sino a ese otro tipo de anécdotas que le hacen a uno fraternizar con alguien, aunque nunca antes le haya estrechado la mano. En el año 2015 andaba yo escribiendo mi primera novela, que iba a titularse *Juegos reunidos*. Era el título perfecto porque casaba muy bien con aquella evocación nostálgica de mi infancia ochentera y el nombre se avenía también con aquel juego de mesa diseñado por Industrias Geyper que toda familia española tenía en aquella época en sus casas. Pero hete aquí que al año siguiente hallo en una librería un libro de Marcos Ordóñez publicado por Libros del Asteroide titulado justamente *Juegos reunidos*. Podía haber sentido algo así como lo que debió pasar por la cabeza del director de cine Pablo Berger, que estubo más de una década dándole vueltas a su *Blancanieves* y cuando el proyecto estaba ya en ciernes, Hollywood empezó a sa-

car blancanieves por doquier. Bueno, lo mío no era para tanto. Yo solo tenía que cambiar un título y, además, se había producido la 'coincidencia galáctica', porque a mí me gustaba imaginar que Ordóñez y yo habíamos estado embarcados en un proyecto literario



Portada 'Una cierta edad'. FOTO: DT

durante la misma época y que los dos habíamos decidido titularlo del mismo modo. Pensaba en el documento de Word guardado en su ordenador tras cada nueva sesión de escritura y en el documento de Word del mío, compartiendo el mismo título, y aquella casuali-

dad me reconfortaba y me reconforta todavía hoy porque uno siempre quiere parecerse a las personas a las que admira, aunque solo sea por haber pensado un mismo título para su libro.

Luego, lee uno *A una cierta edad* y la coincidencia galáctica se hace ya una red cósmica. Y no solo porque en una de las entradas de su diario aparezca la descripción más maravillosa jamás escrita de mi canción favorita, *Il cielo in una stanza*, sino porque cualquiera que sienta que la cultura es su parapeto contra la hostilidad del mundo de ahí fuera, reconocerá en el diálogo confidencial con este libro, al amigo con quien querría conversar toda la noche hasta verse sorprendido por las primeras luces del alba. Hay en Ordóñez un entusiasmo sin paliativos tan contagioso, que el libro podría tomarse también como un catálogo de obras por descubrir, las que a él le han enamorado, y que influyen sobre el lector igual que aquellas recomendaciones que hacía Cansinos-Assens, tan fervorosas que parecía que el libro del que hablaba era siempre el mejor libro del mundo. Pero junto a la pasión por la cultura, reflejada en sus reflexiones teatrales y literarias, anécdotas artísticas, paladines musicales, etc, el libro rezuma también una admi-

nable sensibilidad, que se aprecia en algunos de sus accesos líricos (verdadera poesía del suceder) y por una vulnerabilidad entrañable y radicalmente humana, no exenta de humor inteligente y bien dosificado. No había sentido tanta emoción leyendo un libro tan amorosamente entregado a la cultura y a la vida desde la lectura de *El mundo de ayer*, de Zweig, y miren que eso son ya palabras mayores. Pero es que cuando uno se encuentra por el camino con alguien que te reconcilia con la filantropía en la que algún día creyó, no puede hacer otra cosa que dar las gracias. Y yo le doy las gracias a Marcos Ordóñez y le invito a que me hurte otro título para mi siguiente novela porque yo a Marcos Ordóñez ya se lo perdono todo. Y porque ya estoy fletando la nave para un nuevo viaje interestelar por las constelaciones por las que él quiera guiarme y continuar aprendiendo de su magisterio. Y para sentir, a la vez, que las coincidencias galácticas son también muy terrenales porque nos hieren de amor en lo más hondo de nuestra pobre pero maravillosa humanidad de desheredados de las estrellas.

**Mi blog literario:** <http://cetosodoydejemeft.blogspot.com>